

dinero el destino más conveniente á nuestros intereses.

— ¿Pero qué hemos de hacer nosotros? ¿No nos das ninguna orden?

— Ninguna. Vivid como se os antoje hasta que recibáis un recado mío, que os dirá lo que habéis de hacer. ¡Pero cuidado con aprovecharos de mis revelaciones para pasaros al enemigo!

— ¡Oh! — exclamaron los dos hermanos ofendidos por la duda expresada por Enrique.

— Quiero decir que os conviene ser leales. Estáis aquí con nombre supuesto, como decíais hace un instante. Sospecho que si algún curioso se propusiera averiguar cuáles son vuestros medios de existencia, no había de parecerle muy clara vuestra situación.

Así habló Enrique. Poco después, tranquilo, digno, con rostro sereno y firme paso, como convenía al conde de Corpo-Santo, marchaba hacia París por el camino de Asnières, cuando una idea súbita le hizo llevar la mano á su cintura.

— ¡Perdida! — exclamó con voz sombría. — He perdido mi navaja... y en el hotel del marqués sin duda!... ¡Malo, malísimo presagio!

III

POR EL HONOR DEL NOMBRE

Conforme lo pensara Ali-Akmet, cuya experiencia profesional no podía quedar anegada en la pena inmensa que experimentaba por la tentativa criminal de que había sido víctima la hermosa Amy, la causa principal del prolongado desmayo de ésta no lo era la herida, leve por fortuna, ocasionada por la navaja encontrada entre los pliegues de la camisa de Jaime. Dicho desmayo tuvo naturalmente término, y Ali consiguió al fin devolver el conocimiento á aquella cuya vida le era preciosa, y esto poco tiempo después de haber prestado el terrible juramento que ya conoce el lector, juramento al que se asociaron todos cuantos en aquel instante se encontraban en la habitación de la joven é interesante enferma.

Peró no habían acabado aún las angustias del pobre Ali; al contrario, puede decirse que no hacían más que empezar.

En efecto: la hermana de Edmée abrió los ojos, vuelta ya á la vida, para pasear la mirada incierta sobre las personas agrupadas en torno de su lecho. Y acababa apenas de entornar de nuevo los párpados fatigados del esfuerzo realizado, cuando la voz áspera de Jaime interrumpió el silencio que reinaba en la estancia.

— ¡Jesús María y José! — decía el bretón. — ¿Es que

vamos á caer todos, unos después de otros? ¿Pues no se le ocurre ahora al señor marqués poner los ojos en blanco?

Así era en efecto. El anciano gentilhomme acababa de experimentar emociones demasiado fuertes para su edad, y esto cansado como se hallaba por su viaje precipitado de ida y vuelta á Bretaña. Desde su llegada al hotel, y muy particularmente, desde que entrara en la habitación de Amy, sus piernas temblaban, negándose á sostenerle. Por enérgico esfuerzo de su voluntad había logrado disimular al principio su indisposición, deseoso de conocer el diagnóstico, y sobre todo el pronóstico que iba á hacer Akmet de la herida de la mayor de sus dos hijas adoptivas. Pero las escasas fuerzas que aun le sostenían abandonáronle de pronto, y á no ser por el inmediato auxilio de Jaime, que lo recogió en sus brazos robustos, el anciano hubiera rodado al suelo.

Algo tranquilo Ali por lo que al estado de la joven se refería, hizo sentar á Edmée á la cabecera del lecho de su hermana, y de modo que ésta no pudiese ver, si abría los ojos de nuevo, la butaca en la que Jaime, ayudado por Jaffary, acababa de colocar al marqués inanimado. Inclínándose enseguida al oído de la amazona le recomendó en voz baja:

— Distráigala usted en caso de que no descanse; ahora enviaré á Claudina mientras Pauleta va á buscar á Yvona de Eparville... Sobre todo ni una palabra acerca de lo que acaba de ocurrir, ¡ni una siquiera!... Tiempo tendrá de saber...

La poción laudanizada que su ex-profesor le hiciera tomar poco antes comenzaba á producir en Amy su natural efecto; los párpados pesados y perezosos de la joven no pugnaban ya por abrirse, y la respiración se hacía regular y tranquila.

Aprovechando este descanso que él preparara para su enferma sin sospechar que le sería preciso utilizarlo para prestar á otra persona los socorros de la ciencia, el joven doctor se acercó presuroso al marqués.

Un minuto había transcurrido apenas desde la caída del anciano.

Jaime, impaciente como todos los jóvenes, y creído de que el mejor socorro es el que llega más pronto, aprestábase á hacer por su parte, y sin esperar á nadie, lo necesario para poner fin á lo que él creía un sencillo desvanecimiento. Iba ya á levantar la mano para golpear con ella las del marqués, no obstante las enérgicas protestas de Jaffary, cuando su puño vióse detenido en el aire por otro puño de hierro.

— ¡Eh, eh! — dijo volviéndose furioso. — Si no me dejan ustedes sacar al señor de su desmayo no me rompan al menos los huesos. ¡Qué barbaridad! ¡vaya un modo de apretar! Pues diga usted que aquí sobramos todos y nos iremos...

— Más bajo, — contestó Ali oprimiendo aún más el puño de Jaime que no había soltado. — No se trata de que te vayas, sino de que te calles: ¿estamos?

Dicho esto abandonó al joven bretón, rechazándole un poco, para ocupar su puesto cerca del marqués. Miró á éste fijamente. Al cabo de un momento de mudo examen los labios delgados del médico se plegaron imperceptiblemente, mientras sus mejillas, de piel terrosa, tomaban un tinte más mate.

— Sería en verdad cosa de dudar de la Providencia, — murmuró entre dientes — si el miserable que ha herido á Amy, hubiese matado por carambola al mejor de los hombres.

Jaffary, á quien la visible agitación del doctor impresionaba aún más que la rigidez del cuerpo del marqués y su mirada fija y vidriosa, preguntó tímidamente:

— ¿Qué teme usted?

— Dentro de un momento se lo diré; — replicó Ali preocupado y tomando el cuerpo del anciano por debajo de los brazos. — Ahora hágame usted el obsequio de ayudarme á llevar hasta su cuarto á nuestro viejo amigo.

Obedeció Jaffary y echó á andar delante.

— Tú, — añadió el doctor dirigiéndose á Jaime, quien le miraba con admiración, — vas á ponerte de centinela á la puerta de este cuarto. Esta es la habitación de las señoras, y aquí sólo deben entrar señoras... ¿me has comprendido?

Momentos después quedaba el marqués depositado en

su lecho, en el mismo cuarto en que los dioses de bronce, mutilados sus miembros, yacían en el suelo entre paquetes de billetes del banco, testigos mudos de la reciente visita del asesino. Pero ni estos detalles siniestros, ni el sorprendente espectáculo del interior del mueble turco, del que el ladrón no pudo llevarse ni aun la centésima parte de su contenido, lograban atraer las miradas del joven Jaffary, cuya atención absorbía por entero el trabajo á que en aquel momento se dedicaba el doctor.

El cuerpo del marqués conservaba la misma rigidez cadavérica que en los comienzos de su síncope, y las pupilas tenían la misma espantosa fijeza que tienen los ojos de los muertos cuyos párpados no ha cerrado una mano piadosa y que parece como si sondearan el abismo de la eternidad en el que acaban de entrar apenas.

Aprovechando un instante en que Ali se incorporaba reprimiendo un gesto de desanimación, Jaffary repitió su pregunta :

¿Qué teme usted?

— Por desgracia, nada, estoy seguro por el contrario de que el diablo se erige en protector de ese cobarde asesino de mujeres contra la cínica habilidad del cual parece desarmada la justicia. El accidente del marqués va á retardar, sabe Dios hasta cuándo, el cumplimiento de la venganza jurada... En fin, con tal de que ese miserable no se aproveche de esta tregua forzada para hacer nuevas víctimas!

— Pero el marqués...

— A su edad, un golpe como el que acaba de sufrir... Era de preveer lo que ocurre...

— Sin duda, pero ¿qué es lo que ocurre? Por el amor de Dios, doctor, explíquese usted...

— El marqués sufrió de un derrame doble...

— ¡Un derrame! — exclamó Jaffary con espanto. — ¡Pobres criaturas!

— Hay que compadecerlas en efecto, — murmuró Ali. — ¿Qué afecto ni qué cariño podrá reemplazar el que pierden al perder á este hombre?

Dió un golpe, de contrariedad, en el suelo, y añadió :

— Sería cosa de maldecir el destino si se quedaran huérfanas por la tercera vez.

— ¿Pero es que de veras no ve usted medio de salvarle?

— Si fuera joven... — contestó Ali con desaliento. Pero á su edad, ¿qué puede la ciencia contra una enfermedad como esa? El derrame doble en el cerebro significa la muerte en plazo brevísimo, ó lo que no sé si es peor, la parálisis general.

Así diciendo oprimió el botón de un timbre eléctrico, ordenando á Pedro que se presentó en seguida con aire contrito :

— Lléguese usted á la farmacia más próxima y tráigame un vejigatorio.

Y volviéndose hacia Jaffary añadió :

— Voy á tentar lo imposible. Lo posible, lo hacedero, es encerrar aún por algún tiempo á la vida en ese cuerpo que se empeña en abandonar. Lo imposible es restituir á ese mismo cuerpo el movimiento y la facultad de pensar... No me atrevo á creer en el éxito de mi empresa.

Ali, en espera del vejigatorio, dióse á recorrer á grandes pasos la estancia.

— Señor Jaffary, — dijo de pronto deteniéndose frente al enfermo que conservaba su inmovilidad cataleptica y parecía de piedra, — tenga usted la bondad de recoger todos esos fragmentos y cristales esparcidos por el suelo. No conviene que nadie vea el desorden de esta habitación... Mientras tanto, y como Pedro tarda en llegar, yo voy á ver si preparo unas ventosas... Cada segundo que pasa es una probabilidad más de muerte.

Sumiso como siempre obedeció el joven estudiante; y cuando después de haber hecho desaparecer los pedazos del péndulo se acercaba de nuevo al lecho, vió alejarse de él al doctor, llevando entre sus manos algunos lienzos empapados en sangre.

— ¿Qué es esto? — murmuró. — ¡Qué cambio tan notable!... ¿Está salvado, verdad?

— Lo sabremos dentro de algunas horas, — contestó Ali. — Por el momento está postrado por la parálisis nerviosa de las congestiones, que le domina de los pies á la cabeza.

Así era en efecto. El cuerpo del viejo gentilhombre

daba perfecta idea de la muerte, y hubiérasele podido creer cadáver á no ser por la animación del rostro, efecto de la sangría, y por los débiles latidos del pulso.

La enfermedad del marqués duró algunas semanas, algo más de un mes. Al cabo de ese tiempo el enfermo pudo levantarse, aunque sin salir de su habitación, porque todo el lado derecho del cuerpo continuaba insensible, é incapacitado para cualquier movimiento, aun el más insignificante.

El día en que el anciano, recobrado ya el conocimiento y conservando un vago recuerdo de las circunstancias en que cayera enfermo, paseó la curiosa mirada en torno suyo, nada anormal, nada extraordinario, llegó á herir su vista, como tampoco su imaginación, aún vacilante. Ali-Akmet, con piadosa y filial atención, había hecho componer el péndulo monumental, y los dioses de bronce, reunidos de nuevo en caprichoso conclave, ocupaban su sitio de costumbre sobre la chimenea. Demás de esto, y personalmente, habíase dedicado, durante los ratos de descanso que le permitían sus dos enfermos, á recomponer el mueble turco.

Como queda dicho ya, la herida de Amy era insignificante, por lo que la joven no tardó en tomar otra vez la dirección de todos los servicios del hotel. Su primer acto de soberana fué una amnistía general á favor de los criados cuya prolongada ausencia estuvo á punto de costarle la vida, y una solemne promesa de obtener más adelante del marqués la ratificación de aquella medida de clemencia. Esta fué sin embargo otorgada con una condición: la de que no había de traspasar nada, absolutamente nada, fuera del hotel, respecto á la salud de ella ni á la del marqués.

Tanto Pedro, como Claudina, Pauletá y demás compañeros en domesticidad sabían demasiado bien que sin la circunstancia de la enfermedad repentina del anciano, hubieran ido á la calle sin remedio, perdiendo de este modo una colocación que era en verdad envidiable. De ahí que, agradecidísimos á la bondad de la mayor de las señoritas, se propusieran todos ellos en su fuero interno, complacerla más que nunca y obedecer sus órdenes ciegamente.

Y gracias al arrepentimiento de los criados, y también á la eficacia de la condición que Amy les impusiera, transcurrió un mes entero sin que ninguno de los periódicos de París dijera una sola palabra ni hiciese la más velada alusión al atentado de que fuera víctima Amy de Kerbiroët, una de las muchachas más conocidas de la buena sociedad y de los círculos aristocráticos.

Precisamente por serlo tanto no pudo pasar inadvertida de nadie la inusitada claustración del marqués y de sus hijas adoptivas. Pero como el viejo prócer gozaba fama de fantástico y caprichoso, nadie sospechó siquiera la causa verdad de su prolongado alejamiento de los salones, tanto menos cuanto que, aleccionado por Ali-Akmet, el joven anglofilo Jorge de Mercœur tuvo buen cuidado de decir en el Círculo, como quien no da á sus palabras importancia alguna, que la reaparición de su ciática ponía al marqués de un humor insoportable.

Esta frase no cayó en saco roto; propaláronla los socios del Círculo, la recogieron los cronistas ávidos de noticias de sociedad y éstos la hincharon hasta el punto de servir á sus lectores infinidad de detalles acerca del ataque de gota de que sufría el prócer bretón, lamentándolo concienzudamente, pero añadiendo que no dejaba de ser un tanto egoísta eso de guardar prisioneras á muchachas tan lindas é interesantes como las señoritas de Kerbiroët sin otro objeto que el cuidar dolores comunes á todas las personas que alcanzan la avanzada edad á que el marqués había llegado.

El lector no ha olvidado seguramente á Domingo Bugle, redactor-jefe de *El Alba*. Pues bien, este interesante plumífero, azuzado por su comanditario, que no era otro que el conde de Corpo-Santo, fué uno de los primeros en dar cuerpo á la noticia de que acabamos de hacer mención. El hombre la insertó por orden, como por orden insertaba una porción de artículos cuya trascendencia ó finalidad ignoraba, sirviendo de este modo los intereses de su patrón, quien bastante sorprendido y aun no poco inquieto á causa del temible silencio reinante en el campo de sus enemigos, hubiera deseado saber cómo y por dónde debía llegar el ataque que le parecía inminente.

Cuando Amy se enteró de que los periódicos achacaban el retraimiento suyo, de su hermana y de su padre adoptivo á los reumatismos de éste último, experimentó una verdadera satisfacción. Suponía la joven que, puesto en guardia el asesino por las palabras pronunciadas por el doctor A... en una reunión celebrada en casa de la vizcondesa de Aubinesco debía forzosamente abstenerse de hacer nada en contra de ellos. Si por una casualidad hubiera podido enterarse el criminal de la verdadera enfermedad del marqués, sabiendo cuán largas suelen ser las de dicha clase, habríase tranquilizado, y esto era lo que no convenía. Hacíase por el contrario necesario que el miserable estuviera en la creencia de que el castigo no se haría esperar. Y á mantenerle en ella llegaban muy oportunamente los periódicos quitando toda importancia á la dolencia del marqués.

En realidad de verdad, el secreto de lo ocurrido en el hotel de la Avenida del Bosque de Bolonia estaba bien guardado. Conocióla Flavia la mulata, quien no había vuelto á presentarse por allí, y también lo conocía Yvona de Eparville por quien las dos hermanas gemelas tenían profunda amistad y de cuya absoluta discreción estaban seguras. Yvona pasaba en compañía de sus amigas casi todos los días, desde por la mañana hasta por la noche, con gran desesperación de su tía, cuyo salón habían desertado poco á poco los habituales tertulianos sin que la pobre vizcondesa pudiera explicarse la causa de aquel infortunio, que ella atribuía, sin saber por qué, á la nueva é inexplicable reserva de su futuro sobrino el conde de Corpo-Santo. Por más de que esta interpretación, era una concesión hecha por ella á su amor propio de vieja coqueta, pues la ilustre dama no podía convencerse de que los únicos astros hacia los cuales convergían los numerosos satélites que poblaban sus salones durante todo el pasado invierno eran las estre llas de primera magnitud conocidas por los nombres de Amy, Edmée é Yvona.

Preciso es decir, para mantenernos en el terreno de la verdad, que el tocador de la vizcondesa de Aubinesco no se hallaba desierto en absoluto los días de *five o'clock*, gracias á la baronesa Lampessadas que ocupaba en él un

espacio considerable. Ya no se contaban, en aquel aristocrático recinto, aventuras espeluznantes ni alegres historias de amor; monopolizaba la conversación la voluminosa cónyuge del flemático Van Bruges, y ésta, como es de suponer, ocupábase tan sólo en lamentarse de la crueldad del destino que la mantenía alejada de su hijo, y aun en la incertidumbre acerca de la existencia del mismo.

El joven y agradecido Jaffary llegaba á veces á alegrar un poco aquellas monótonas reuniones; pero de tarde en tarde, y por corto tiempo, como si temiese que la curiosidad insaciable de la señora de la casa pudiera ponerle en el aprieto de faltar á lo prometido, revelando lo que ocurría en casa del marqués.

Este, aunque aun no fuera de peligro, hallábase algo mejorado.

Una tarde, cinco ó seis semanas después de comenzada su convalecencia, que se presentaba lenta como pocas, hallábase el anciano en su biblioteca, hundido en enorme butaca y aforrado en confortable bata cuyos pliegues casi flotaban en torno de su cuerpo de una delgadez rayana en la demacración. Sus pies, sumergidos en babuchas de piel, se apoyaban en los morillos de la chimenea en la cual consumíanse dos ó tres gruesos troncos de leña, porque no obstante la temperatura ecuatorial del exterior, el anciano quejábase siempre del frío, efecto sin duda del rápido empobrecimiento de su sangre.

Aquella tarde hacíanle compañía tres personas, separadas del fuego por ancho biombo de seda negra bordada en oro. Estaban allí en efecto Ali-Akmet, el ex-capitán Malatierra, profesor de esgrima de Edmée, y el manco Kenec, antiguo mayordomo de la casa de Eparville, quien á ruegos del anciano marqués habíase decidido á trasladarse á París donde hubo de llegar al siguiente día de la fiesta de la *mi-carême*.

También pasaban largos ratos en la biblioteca, con objeto de alegrar en lo posible la triste convalecencia del marqués, sus dos hijas de adopción, y su inseparable amiga Yvona de Eparville; pero en aquel momento acababan de retirarse, y tal vez por esto pesaba en la estan-

cia, apenas alumbrada por los reflejos de los troncos en ignición, un solemne y grave silencio.

Desde el sitio que ocupaba, muy próximo al enfermo, contéplaba Alí con desaliento el pálido semblante del padre adoptivo de sus protegidas, y no podía por menos de confesarse que muy en breve había de verse él solo para asegurar la jurada venganza. Como médico que era no podía desconocer la gravedad del mal que minaba la ya empobrecida naturaleza del prócer bretón; y si esperaba poder prolongar unas cuantas semanas aquella vida que iba extinguiéndose lenta pero continuamente, no se mostraba tan optimista en lo referente á las facultades mentales del marqués, quien no parecía recordar poco ni mucho de la escena durante la cual hubo de caer herido por la implacable apoplejía, como tampoco de los otros acontecimientos ocurridos antes de que se declarara la enfermedad.

Y mientras que Alí divagaba, perdido en las inmensidades de su pesimismo, el manco y el ex marino, que ya nada nuevo tenían que contarse referente á las campañas del uno y á las peligrosas travesías del otro, mirábanse mutuamente, cargados los ojos de tristeza, como dos augures.

De pronto, una voz que ninguno de los tres hombres esperaba oír sin duda, puesto que los tres se estremecieron al escucharla, interrumpió aquel augusto y penoso silencio.

— ¿A cómo estamos de la obra de justicia? — preguntaba aquella voz. — ¿Ha pagado ya su deuda el miserable que se hace llamar conde de Corpo-Santo?

— ¡Marqués, mi querido marqués! — gritó Alí-Akmet precipitándose para estrechar las manos del anciano. — ¿Qué es lo que oigo?... Según eso, se acuerda usted...

— ¿Que si me acuerdo? — murmuró Trogoff, pues él era quien acababa de hablar — ¡ya lo creo que me acuerdo!

Al decir esto, los ojos del convaleciente, turbios é inexpressivos un momento antes, brillaban con animación extraordinaria. Hubo de fijarse Alí en esa particularidad, indicio cierto de inteligencia, y sin embargo aun dudaba;

de tal modo prodigioso le parecía aquel súbito cambio en el estado del marqués. ¿Cómo la naturaleza había podido operar un milagro para el cual la ciencia era impotente? No se lo explicaba Alí, ni quería tampoco explicárselo. Bastábale con observar el hecho y este era palpable, manifiesto, evidente.

— Se lo pregunto, — añadió en voz baja y realizando una prueba que á él se le antojaba decisiva, — porque ha estado usted muy malo.

— Ya lo comprendo por lo que siento, — replicó el marqués.

Y luego añadió, pasando la temblorosa mano por su frente:

— ¿Está aquí mi mal, verdad?

— Sí, ahí.

— ¿Cuánto tiempo he estado enfermo?

— Ya hace muy cerca de dos meses y medio que le tenemos á usted así.

— ¡Dos meses y medio! Siendo así supongo que el conde estará en visperas de comparecer ante el jurado.

— Para eso sería preciso detenerlo antes.

— ¡Cómo! — gritó el marqués procurando ponerse en pie. — ¿Ese miserable está aún en libertad? ¿Y usted no ha hecho nada por detenerle, sabiendo como sabe que mientras él viva la existencia de mis hijas sigue amenazada?

— Calma, calma, mi querido marqués; — murmuró Alí-Akmet á quien ponía en cuidado la extraordinaria animación del enfermo. — Ahora le explicaré á usted por qué razón me ha parecido que antes de emprender la lucha debía esperar á que estuviese usted en estado de ayudarme con los consejos de su amistad y de su experiencia...

— ¿De qué lucha habla usted? — interrumpió el anciano con tono desdeñoso. — No lo comprendo... ¿Cree usted acaso que vamos á descender al terreno en que se mueve ese miserable? ¡Ah, no, de ninguna manera! El deber de librar á la sociedad de ese monstruo incumbe sólo al ministerio público.

— Por el amor de Dios, marqués, — insistió Alí, — no se exalte usted de ese modo. ¿No vé usted que compro-

mete su salud y con ella el éxito de nuestros planes? Oigame usted con calma...

— Hable usted. Aun cuando puedo asegurarle que no ha de convencerme si su intención es la de proceder directamente contra ese asesino.

Alí comenzó á hablar en voz baja y reposada.

— Ya sabe usted, — dijo, — que sus dos pupilas tienen y han tenido siempre en mí un defensor y un amigo, y que he empleado mi existencia entera en continuar la obra comenzada por mi padre. Sabiéndolo, no es posible que ni por un momento pueda usted dudar de mis intenciones, que son las mismas que animaban al que me dió el ser. Supongo además que me hará usted la justicia de creer que nada temo por mí; que estoy dispuesto, sin desplantes ni fanfarronadas, á jugarme la vida por conservar la de esas niñas, y... — añadió señalando al enorme cuello que ocultaba á la vista una espantosa cicatriz — tengo aquí una prueba de que lo he intentado ya, aun cuando el éxito no coronó entonces mis esfuerzos.

— Tal vez me he expresado mal, — murmuró el marqués arrepentido de haberse mostrado brusco con aquel hombre de corazón.

— No, señor; tiene usted razón que le sobra, y el objeto de mi preámbulo no es otro que el de que comprenda usted que si después de haberme comprometido á desarmar el brazo ruin que amenaza la existencia de las dos huérfanas, y teniendo como tengo que satisfacer al mismo tiempo una venganza personal, una y otra cosa están aún por hacer, es porque para esa aparente inacción he tenido razones poderosas.

Malatierra y Kenec eran todo oídos, como vu garmente se dice; pero no alcanzaban á comprender el sentido de las palabras del doctor por más de que el asunto de que se trataba ante ellos no les era del todo desconocido.

— Sí, ya sé, — dijo el marqués; — pero en mi concepto la mejor venganza, la más terrible, es la más natural. Y la más natural es la que pone el *inri* en la frente del infame y lo entrega al verdugo y hace de él y de su posteridad un objeto de universal oprobio.

Levantóse Akmet inquieto al oír estas razones.

— ¡ Más bajo, mi querido marqués, más bajo! — exclamó consternado. — ¡ Sile oyasen á usted!...

Con gesto mudo impuso silencio á sus oyentes estupefactos, apoyando al mismo tiempo un dedo en el botón eléctrico cuyo timbre resonó en el piso inferior.

— ¿ Dónde están las señoritas? — preguntó á Pedro que se presentó un instante después.

— En el Bosque, — contestó el criado.

— ¿ Solas?

— No, señor doctor; con la señorita de Eparville; el señor Jorge hizo enganchar la victoria no hace mucho rato para pasearlas.

— Está bien, gracias.

El marqués preguntó cuando se hubo retirado Pedro:

— ¿ Para qué ese interrogatorio?

— Para mi tranquilidad, — contestó Alí, — y para evitarle á usted el disgusto que no dejaría de producirle el saber que había pronunciado en voz alta palabras irreparables. Porque supóngase usted que Amy y Edmée le hubiesen oído; pues de ser así les asistía el derecho de pensar que usted no las quiere ni las ha querido nunca.

Pasó el marqués una mano por su frente, en la que brotaron algunas gotas de sudor.

— ¿ Cómo es eso? — dijo. — No comprendo. Mi cabeza está aún demasiado débil...

Alí se explicó entonces, con dulzura, poco á poco, como se explicaría un maestro deseoso de hacer comprender algo difícil á un alumno atrasado.

— Oigame usted bien; — decía. — Acaba usted de decir que para que el castigo sea más natural, más rápido, más terrible, se impone la necesidad de entregar el culpable á la justicia, de que rueda su cabeza en la guillotina, y de que su familia y su posteridad sean comprendidas en el mismo sentimiento de universal reprobación. Muy bien. Pero en el caso especial de que se trata, el criminal, además de dos hermanos, malhechores imbéciles que merecen la muerte tanto como el otro, tiene una familia que es inocente; más aún, una familia para la cual es fuente de todo mal y de toda desgracia el

parentesco que la une con ese monstruo. ¿No me comprende usted aún? Bueno, pues seré más explícito. El falso conde Enrique de Corpo-Santo llevaba en otros tiempos el nombre de sus padres adoptivos los Bozzo.

— ¿Bozzo? — interrumpió Malatierra. — Yo conozco ese nombre... Siga usted, yo me acordaré.

Alí continuó.

— Pero su padre, su verdadero padre se llamaba Ricardo Sabielo.

El marqués, al oír estas palabras, se puso lívido.

— ¡Es verdad! — balbuceó. — Amy y Edmée son sus hermanas... ¿Señor, dónde tenía yo la cabeza?

— Ya vé usted como tenía yo razón para rogar á usted que no hablase alto, y para temer que las pobres pudieran oírle. La venganza, tal como usted parecía comprenderla, hubiera englobado á las dos huérfanas; su reputación habría salido del lance indemne, pero no así su nombre, que en caso de escándalo público quedaba irremisiblemente deshonrado para siempre.

— ¡Tiene razón! — dijeron á dúo Kenec el manco y Malatierra.

Por su parte el marqués, haciendo un esfuerzo desesperado, consiguió ponerse en pie.

— Alí, hijo mío, — dijo apoderándose de las manos del doctor, — yo soy un viejo loco, lleno de orgullo, y usted es infinitamente mejor que yo, puesto que ha esperado más de dos meses para consultarme, sin sospechar ¡cómo había usted de sospecharlo! que yo hubiera sido muy capaz de comprometer estúpidamente el porvenir de mis hijas y mi tranquilidad con una precipitación y una inconsciencia que solo pueden encontrar excusa en el estado lamentable de mi cabeza... Dispénsame usted, amigo mío, y gracias por su lección. Le debo á usted la vida, más aún que eso: le debo el poder conservar el cariño de esas pobres criaturas, alegría y encanto de mi vejez, y cuyas manos quiero que sean las que cierren mis ojos...

— No estamos aún en el caso de hablar de eso.

— Gracias á usted, ya lo sé. Sin embargo, como conviene preverlo todo, pongo entre las manos de usted la dirección de este asunto... Me refiero á lo de la ven-

ganza; eh? De no ser así, podría darse el caso de que pronunciase yo otra vez, sin quererlo, palabras irreparables.

Hubo una lucha de cortesía entre ambos hombres. El doctor negábase enérgicamente á aceptar, no obstante la insistencia del anciano. Para decidirle, inclinóse éste al oído de Alí y deslizó en él rápidamente y en voz baja estas palabras:

— Si rehusa usted es porque no ama á Amy cómo-ella le ama á usted.

El doctor vaciló.

— ¡Ella!... ¡Ella me ama! — balbuceó retirando una de sus manos que llevó á su pecho para comprimir los latidos del corazón. — ¡Ah, por lo que usted más quiera, repítame eso, que yo me convenza de que no he oído mal, de que es verdad!...

— El matrimonio se hará en cuanto haya usted conseguido establecer la seguridad personal de esa niña y vengado á su madre; — continuó el marqués en el mismo tono confidencial. — ¡Quiera Dios que yo esté aún en el mundo para poder gozar con el espectáculo de la felicidad de ustedes!

Y alzando de nuevo la voz, añadió enseguida:

— Conque lo dicho, dicho. De hoy en adelante yo no soy más que un soldado de fila. Vamos á ver, explíquenos usted su plan.

Alí, repuesto apenas de la profunda emoción que acababa de experimentar, tomó asiento frente á la butaca ocupada por su anciano amigo.

— Pues en mi concepto — dijo — y teniendo presente que para conservar intacto el nombre de aquellas á quienes queremos y respetamos hemos de proceder forzosamente á espaldas de la ley y tomarnos la justicia por nuestra mano, creo que debe hacerse lo siguiente. Disponer ante todo una trampa de modo tal que en ella caiga indefectiblemente el conde; apoderarnos entonces de él por cuantos medios estén á nuestro alcance, y una vez dueños de su persona reunir á todas sus víctimas ó á los representantes de ellas, y constituidos todos en tribunal de Linch juzgarle y condenarle sin apelación. La sentencia, sea cual fuere, será ejecutoria, con ayuda de nuestros propios medios, en el plazo más breve posible.

— No está mal pensado, — afirmó el marqués. — Lo difícil será apoderarse del conde. No es él hombre para vivir desprevenido.

Ali-Akmet habló de nuevo.

— Entre las gentes que viven á sueldo de ese bandido — dijo — hay un indio que le detesta y que no se hará rogar para traicionarlo. El indio en cuestión tiene una hija, joven, hermosa y decidida, que detesta al conde más aún que su padre, lo cual no es poco decir. Ahí tiene usted una enemistad de la que podríamos sacar excelente partido, tanto más cuanto que esa joven de quien hablo se ha ofrecido espontáneamente á entregarnos el asesino.

— ¿Cómo se llama esa mujer?

— Flavia, por mal nombre la mulata.

— Una obrera sin duda...

— No; ejerce un triste comercio, el de sus encantos personales. Era amiga íntima de una tal Julieta, llamada la Camarona, que fué la última víctima del *carnicero de mujeres*. De ahí viene su odio.

— Ali, — dijo sentenciosamente el marqués, — muy justa es nuestra causa; pero, la verdad, me disgustaría verla triunfar con ayuda de intermediarios de nombre y profesión repugnantes... ¿No puede usted intentar la captura del miserable sin recurrir al auxilio de esa desgraciada?

— Sí es un deseo de usted, querido marqués, haré lo imposible por complacerle. Por más de que se equivoca usted en lo que se refiere á Flavia. Por imposible que pueda parecerle la cosa, sepa que la historia de esa chica es casi edificante.

— Tal vez, pero no importa; la sola presunción de semejantes relaciones puede ser bastante para comprometer...

— ¿Y si mis esfuerzos, sin la ayuda de esa persona, conducen á un resultado negativo?

— Si tal pasa, — repitió el anciano marqués, — no tendré más remedio que confesar que mi intervención es decididamente nefasta, y como el fin es sagrado, y según dicen justifica los medios, le daré á usted carta blanca, para proceder como se le antoje.

— Está bien. Me tomo dos meses de tiempo para vencer ó declararme vencido; — dijo Ali.

Es más de lo que necesita un hombre como usted para salirse con la suya, á menos de que el miserable en cuestión no sea el diablo en persona. De todos modos, conste que mi fortuna personal está por entero á disposición de usted.

— No viene mal el ofrecimiento, porque la que vamos á emprender será una guerra de dinero, marqués. Pero no tengo tanta confianza como usted en el éxito, precisamente porque conozco al hombre.

Con él es inútil emplear la fuerza; sólo la astucia puede proporcionarnos resultados positivos.

Me consta que se defenderá.

Tal vez se sorprenda usted de lo que voy á decirle, y sin embargo, lo digo como lo creo. Ese miserable, aprovechándose de la circunstancia de que nuestro deseo de conservar el honor del nombre nos obliga á proceder con extrema reserva, y adivinando en esa reserva nuestra debilidad, es muy capaz de imponerse á la policía y de hacerse proteger por ella.

El anciano sonrió con incredulidad.

— ¡No nos quedaría más que ver! — dijo.